

Toxina

Copia de cortesía

Albert Sabater Pla

A Alex López, de los que visten un alma distinta, un traje diferente.

Todos los derechos reservados. Queda prohibido la reproducción total o parcial y por cualquier medio sin autorización expresa y por escrito del autor o editor.

Todos los personajes, lugares y situaciones políticas son hipotéticas y producto de la imaginación del autor. No tienen por que guardar relación alguna con la realidad, personajes o personas reales.

Situaciones personales, cargos públicos o privados no tienen por que corresponderse con la realidad, ni siquiera existir.

Las descripciones científicas y políticas no tienen por que coincidir con la realidad en esta obra de ficción.

Registro de la propiedad intelectual SafeCreative: **1603126887976**

Notas del autor.

CESICAT: Centro de seguridad de la información de Catalunya.

SIC: Servicio de inteligencia de Catalunya. Subdivisión de CESICAT

IAF: Instituto anatómico forense.

CAPITULO PRIMERO

Dos desconocidas en la morgue.

I

La lluvia era intensa e incesante aquella fría noche de invierno.

Sin tregua, golpeaba los pequeños ventanucos de madera desconchada de la sala fría y sombría de aquel sótano del instituto anatómico forense.

Al fondo, una cámara frigorífica intentaba retrasar la putrefacción inevitable de los cuerpos sin vida que almacenaba en el interior de cada uno de sus quince nichos.

A la derecha, según se entra, había un mostrador de aluminio con un par de fregaderos y una zona con diversos aparatos e instrumentación forense.

A la izquierda, una vieja mesa de madera llena de papeles, informes y un ordenador portátil eran iluminados por un anticuado foco gris tipo flexo cansado de dar luz.

Las paredes, enlosadas con unas baldosas de un color mugre indefinido que sin duda algún día fuera blanco, envolvían los tabiques de aquella fría sala de muerte donde lo único que parecía tener vida, a parte del médico forense que trabajaba allí, era el continuo rechinar de un aire acondicionado que necesitaba una reparación inmediata, o quizás, si los presupuestos de aquel año lo permitieran, el cambio por uno nuevo.

En el centro, había tres mesas destinadas a las autopsias, con un pequeño fregadero en un extremo y otros instrumentos para la realización de las disecciones, perfectamente ordenados.

Aunque para él ya era tarde, el doctor García, un hombre de mediana edad, alto, delgado y un poco calvo, analizaba el cuerpo sin nombre de una muchacha de unos treinta y pocos años que yacía sin vida en una de aquellas mesas. –Una auténtica pena – Pensó para sí mientras la observaba pasando la mano por su despejada frente.

Pese a que no era la primera vez que tenía en su mesa de disecciones a una chica tan joven, quizás fue la belleza de aquella muchacha rubia y cara angelical la que le conmovió como hacía tiempo no le ocurría. Aunque quizás le recordaba a su propia hija, no estaba muy seguro. Lo cierto era que para él no se trataba de una más. Tenía la sensación de que en aquella chica había algo especial y no solamente aquel misterio envuelto por las circunstancias de su muerte.

No había duda de que la causa directa de la muerte era el resultado de un disparo por la espalda, no obstante, cuando terminara la autopsia, descubriría evidencias no manifiestas a simple vista, como signos de lucha, rastros defensivos u otros hallazgos que pudiera esconder aquel cuerpo y le ayudaran a concretar más lo que le había ocurrido a aquella pobre desdichada.

Cuando los peritos recogieron el cadáver aquella tarde y tomaron las primeras muestras en la misma escena del crimen, el rigor mortis aún no había empezado, lo cual situaba el momento de la muerte unas tres horas atrás, tiempo que pudo acotar mucho más, al percatarse gracias, a las

fotografías tomadas en el lugar, que los ojos de la mujer, que quedaron abiertos al morir, eran azul claro. Aquello acotaba la hora de la muerte a un máximo de media hora desde que se produjo la muerte hasta que se tomó la imagen.

El ojo humano, cambia del color original a color negro si el cadáver permanece con los ojos abiertos en el momento de su muerte y eso, ocurre a partir de la media hora después del fallecimiento, por lo tanto, si en el momento de tomar las fotografías eran azules, su color natural, puesto que no llevaba lentillas, la muerte como mucho se había producido media hora antes.

Gracias a todos aquellos indicios y los que reunió durante la autopsia que hizo a continuación, García, que a aquellas horas empezaba a estar ya muy cansado, pudo fijar la muerte entre las seis y media o siete de la tarde.

Con el examen forense terminado, solamente le quedaba llevar al laboratorio para su análisis las muestras que había tomado y por fin, podría volver a casa junto a su esposa.

Dejó por un momento solo el cuerpo en aquella fría mesa de aluminio y salió de la estancia.

Al llegar al laboratorio, llamó a la puerta y entró sin esperar respuesta.

-Buenas noches Alicia. – Saludó amablemente.

-Buenas noches, doctor García. Pensé que ya había terminado y que se había marchado ya. Hoy es muy tarde para usted. –Dijo la muchacha apartando de la cara un mechón de su largo pelo negro rizado.

-Ya ves, hija, hoy me han traído una a última hora. Parece que todos están muy nerviosos con este cadáver. – Dijo gesticulando de forma grotesca.

-¡Caramba!, ¿Y eso? – Se extrañó la muchacha.

-Y yo que sé... se trata de un asesinato, una desconocida. Etiquétalo todo como “Desconocida 725” . – Dijo dejándole las muestras encima de la mesa del laboratorio. – Yo ya me marcho. Meto el cadáver en la cámara, me lavo y me voy...

-Muy bien doctor, nos vemos mañana. – Dijo risueña observándole por encima de sus gafas.

-Los resultados para mañana a primera hora, díselo al turno de la noche.

-A sus órdenes jefe. – Bromeó la muchacha.

-Que no me llames jefe... – Se quejó con una sonrisa al salir.

Una vez en el pasillo fue en busca de Campillo, el ordenanza, para que le ayudara a poner el cuerpo en la camilla y poder meterlo en la nevera.

Supuso que estaría en la sala para el personal tomándose un café, como solía hacer antes de su hora de entrada. Justo a las nueve y media cambiaban los turnos y aunque él no tenía un horario estricto por tratarse del forense jefe, lo cierto es que a esas horas ya acostumbraba a estar en casa junto a su esposa.

Entró en aquella pequeña sala, y vio a Campillo de pie, viendo las noticias en el televisor que había colgado de una de las paredes. El locutor, un joven de unos treinta y pocos años, hablaba de un tiroteo que al parecer había sucedido aquella misma tarde en Barcelona.

El doctor García, enseguida supo que la víctima de la que hablaban en el noticiero, era la que en aquellos momentos estaba sobre su mesa de autopsias.

-Buenas noches Campillo, termínese el café y ayúdeme por favor, tengo ganas de irme a casa. – Le dijo al entrar.

-Hola doctor, ahora mismo... – Respondió inquieto.

Campillo era un muchacho de unos veinticinco años que llevaba trabajando allí desde hacía aproximadamente dos años, al aprobar unas oposiciones.

-Tranquilo, termínate el café, muchacho, pero no tardes demasiado.

-No, no... doctor, ya termino. – Dijo tomándoselo de un golpe. –¡Vamos!.

Los dos hombres salieron a la vez de aquella pequeña estancia y se dirigieron con paso firme a la sala de autopsias.

-Ayúdame a meter a la desconocida en la nevera y ya puedes seguir con lo tuyo.

-Claro Doctor, es un placer ayudarle, ya lo sabe.

-Lo sé, muchacho. – Respondió mientras le daba un par de palmadas en el hombro al llegar a la puerta de la sala de autopsias.

Al abrir la puerta de la sala de autopsias, vieron a una mujer encaramada sobre el cadáver de la mujer sin identificar. Daba la sensación de que estaba buscando algo, o examinándola de cerca.

-¡Oiga, aquí no puede estar! Esto es una zona restringida. – Advirtió el doctor García desde la puerta.

-¿Es que está usted sorda? –Preguntó Campillo casi de inmediato.

-Da la alarma, muchacho, ya no puede oírnos. – Dijo acercándose.

-¿Qué quiere decir, doctor? –Se extrañó el muchacho.

-Digo que ya no puede oírnos, está muerta. Anda, muchacho, dale al pulsador de alarma.

-Dijo sin perder la calma.

Rápidamente, Campillo fue a la pared donde estaba el pulsador de alarma y con la mano temblorosa accionó la palanca.

En menos de un minuto estaba allí una pareja de guardias de seguridad.

-¿Ha hecho sonar la alarma, doctor García?

-Hola muchachos, si, he sido yo. Que cierren el edificio, ha habido un asesinato.

-¿Un asesinato, doctor? – Preguntó extrañado el más alto de los dos vigilantes. -¿Dónde?

-Añadió con los ojos muy abiertos.

-¿Es que no lo ves? – Preguntó señalando la mujer que yacía tendida sobre el otro cadáver.

-Mierda, no me había fijado. –Admitió pasándose la mano por la cabeza.

-A veces las cosas más ocultas están a simple vista, muchacho. – Sonrió.

-574 a base, cierren el edificio. Código de alarma máxima. –Dijo el otro guardia por el walkie-talkie. –Mujer asesinada en la morgue.

-574 recibido. Avisamos a la policía. –Se oyó por el altavoz.

-Eso impedirá su huida. –Observó Campillo.

-O mucho me equivoco o ya debe estar en Alaska, por lo menos...

-¿Quiere decir...?

-Esto es obra de un profesional, muchacho... El que ha hecho esto ya no está en el edificio.

En pocos minutos, el lugar empezó a llenarse de policías uniformados. Dos se quedaron en la puerta de la sala de autopsias otros dos en diversos puntos del pasillo y otros más repartidos por el resto del edificio y en la puerta principal controlando e identificando a todo aquel que entraba o salía.

-Debemos esperar al oficial que llevará la investigación. – Les informó uno de los agentes.

-Ya sabía yo que hoy no me iba pronto a casa. – Se quejó García. – Voy a llamar a mi esposa. –Añadió mientras marcaba el número en su teléfono móvil.

Cinco minutos mas tarde, un hombre entró en la sala.

-¡Estrada! – Saludó con alegría el doctor García al verle.

-¡Viejo amigo! – Exclamó con su característica voz grave mientras sacaba un puro apagado de la boca.

-Cuanto tiempo sin verte, Fermín, ¿Cómo te va todo?

-Bien, bien... Veo que has pasado de examinar cadáveres a “proporcionarlos” ... – Dijo sarcásticamente.

-Es que esto está siempre muy aburrido. Tenía ganas de ver caras nuevas...

-¿Cómo se encuentra tu mujer? –Preguntó volviendo a llevar el puro a la boca.

-Ya sabes... intentando superarlo día tras día... perder a una hija no es algo fácil de asumir, lleva su tiempo. – Reconoció con tristeza.

-¡Eso fue una putada!. – Exclamó mordisqueando el puro y haciendo una mueca.

-Pregunta mucho por ti.

-¡Joder! –Se quejó volviendo a dibujar la mueca.

-¡Es tu hermana, Fermín!. Ya perdió a una hija, no quiere perder también un hermano. – Le cogió del brazo para que no se alejara. La gabardina que llevaba puesta estaba empapada de agua de lluvia, al darse cuenta le soltó enseguida. – No debes sentirte culpable. Miriam escogió su destino, quiso ser policía no solamente por que te admiraba a ti, si no por sus propias convicciones.

-Debí protegerla, debí destinarla a una oficina. – Admitió de mala gana.

-Ella no quería eso y lo sabes.

Estrada se quitó el sombrero que llevaba y se pasó la mano por su canoso pelo. Se trataba de un hombre de unos cincuenta años, delgado y con barba de dos o tres días. Solía vestir pantalones de pana de color marrón oscuro, una camisa con corbata y una americana. Los días de lluvia le acompañaba aquella gabardina vieja que solía olvidar en todas partes cuando dejaba de llover.

-¿Qué tenemos aquí?- Preguntó cambiando de tema mientras observaba el nuevo cadáver.

-Ni la he tocado esperando a que llegara alguien.

-¡Teniente!, están aquí los del laboratorio para las huellas. –Dijo uno de los agentes de uniforme.

-Que pasen. –Ordenó Estrada.

-Buenas noches teniente. ¿Dónde busco las huellas? –Preguntó el más joven de los investigadores.

-¿Usted qué cree? – Preguntó con sarcasmo señalando los cadáveres de forma cómica con ambas manos.

El joven se dirigió con su maletín a la mesa de autopsias, lo abrió y empezó a trabajar.

-No vas a cambiar nunca... – Se quejó mirando al techo.

-Niñatos de academia... tanto ordenador les nubla el cerebro...

-Vamos, te invito a un café. – Dijo señalando la salida con la cabeza.

-¿Aún tenéis esa asquerosa cafetera? –Preguntó Estrada siguiéndole a la sala del personal. –Con un calcetín me hacía mejores cafés en el ejército.

-Mira que eres gilipollas... En el próximo regalo que me hagas, gástate más dinero, tacaño de los cojones. – Le espetó el doctor.

Estrada solamente gruñó, y luego cogió un vaso desechable para que le sirviera el café

-Es más nauseabundo de lo que recordaba. –Dijo tras dar un sorbo.

El doctor García resopló y se sirvió un vaso para él.

A los pocos minutos, entró el ordenanza.

-Disculpe teniente, el de las huellas ha terminado.

-Vamos. –Pidió el doctor.

Al llegar a la sala de autopsias, continuaban en la puerta los dos agentes de uniforme y dentro, el técnico de las huellas.

-Teniente, si no ordena nada más...

-¿Ha buscado en la puerta de entrada? –Pregunto mordiendo el puro.

-Si, teniente, en la mesa de autopsias, en el pomo de la puerta y en la puerta y en los botones del ascensor y el pasamanos de la escalera interior.

-Muy bien, hijo, puede marcharse.

-Gracias, teniente. Doctor... - Se despidió el joven educadamente.

-¿Ya podemos levantar el cadáver? – Preguntó Campillo.

-No muchacho, tiene que venir el juez. Esperemos que no tarde mucho. – El doctor García miró el reloj lamentando la hora que era y a la que presentía que iba a llegar a su casa.

-No te preocupes Cristóbal, Tarradellas está de guardia, ya sabes que es muy eficiente.

-Si, es una de las mejores secretarias judiciales que hay, he trabajado con ella y suele ser bastante puntual.

Justo cuando acababa de decir la última frase, la comisión judicial entró en la sala de autopsias. Cristina Tarradellas no tardó ni veinte minutos en realizar el atestado y recoger todo el material que necesitaba. El doctor García fue designado forense de la misma, lo cual aceleró mucho los trámites y no tardó en marcharse.

-Campillo. – Gritó el doctor García.

-Estoy aquí, doctor, fui a por la cámara. – Dijo el muchacho casi desfallecido.

-Está bien, etiquetémoslo todo como “desconocida 726”

Al día siguiente, el teniente Estrada se levantó tarde.

Su teléfono móvil sonó justo cuando se disponía a salir a la calle.

-¿Teniente? –Dijo una voz femenina que no supo reconocer.

-Si, dígame. ¿Quién habla?

-Soy Alicia del laboratorio anatómico forense, tengo el informe de las huellas y de la autopsia de la primera víctima.

-Ah, si... Muy bien, mándemelo por e-mail, ahora salgo hacia la comisaria. – Dijo al cerrar la puerta de su casa.

-De acuerdo, teniente, ahora mismo se lo mando todo.

-¿Hay alguna huella? –Preguntó interesado.

-Ninguna, teniente.

-¡Mierda! –Protestó. La muchacha rió al oír el reniego. – Ya me lo imaginaba. –Añadió.

-¿Y la otra mujer?

-El doctor García está trabajando en ella ahora mismo. – Contestó amablemente.

-Ese maldito... no duerme nunca... – Murmuró para sí.

-¿Decía algo teniente? No le he oído bien.

-Nada, nada... cuando tenga los resultados de ese lunático, llámeme.

-De acuerdo, teniente. – Colgó el teléfono.

Al llegar a la comisaria, entró en su despacho y después de dejar el sombrero y la americana en el colgador de madera que había detrás de la puerta, se sentó en su mesa. Puso en marcha el ordenador portátil y recuperó los correos electrónicos pendientes. Mientras el programa de correo iba recibiendo los mensajes, abrió la carpeta que había sobre su mesa con varios informes que había recibido por fax durante su ausencia.

-¿Un objeto extraño en la vagina? – Dijo sorprendido al leer el informe forense de la primera desconocida.

Rápidamente cogió el teléfono y marcó el número del despacho del doctor García.

-¿Cuñado?

Encendió un puro.

-¿Fermín?, esperaba tu llamada, sabía que no se haría esperar.

-A ver, cuéntame eso del objeto extraño... – Dijo tras dar una profunda calada al puro.

-Verás, ayer por la noche, cuando lo extraje, pensé que era uno de esos tampones que usan las mujeres cuando tienen la regla, pero esta mañana me di cuenta de que había algo más.

-¿Algo más? – Se extrañó.

-Si, se lo he llevado a Alicia, la muchacha del laboratorio, y me ha llamado hace un rato para informarme de lo que había encontrado. A simple vista es un tampón, pero dentro había algo.

-Maldita sea, Cristóbal, ¿Qué coño es lo que había?

-No te lo vas a creer... ¡Un agente biológico! – Exclamó marcando cada palabra.

-¿Y que mier... y qué es eso? – Preguntó intentando contener su impaciencia.

-Se trata de la octava variedad de la toxina botulínica, proveniente de la bacteria *Clostridium botulinum*, ¡hasta ha tenido que venir sanidad para identificarla! – Profirió exaltado.

-No sé de que narices me estás hablando... – Se quejó el policía.

-Se trata de un agente biológico muy potente, tan potente que no se ha publicado aún su secuencia de ADN para que ningún grupo terrorista intente atentar hasta que se encuentre un antídoto. Es un tema de alto secreto. Ha venido el ministerio... – Admitió.

-¡Joder!, empezamos bien el día. – Se quejó.

-Estrada, este tema es serio, ve con cuidado. – Le advirtió preocupado.

-Lo haré. – Dijo, después colgó el aparato.

Estrada se reclinó en el sillón de su escritorio e intentó poner en orden sus ideas mientras le echaba un par de chupadas a su puro y observaba a través del cristal de su despacho el trasiego de la comisaría.

Pasados unos minutos, el teléfono de su escritorio volvió a sonar.

-Soy el capitán Montes. –Anunciaron desde el otro extremo de la línea telefónica.

-Buenos días Capitán. García acaba de ponerme al corriente de los últimos hallazgos.

-Cuéntame.

Estrada le dio solamente los detalles que acababa de conocer de mano del doctor García. No pudo darle mucha más información ya que no disponía de ella. Montes, a pesar de ser un jefe bastante estricto con los procedimientos y los tiempos de trabajo, era al mismo tiempo, comprensivo y no solía presionar a sus subordinados más de lo que fuera necesario. Era plenamente consciente que un detective motivado al que se ejerciera la justa presión, era mucho más eficaz que uno se estuviera presionado en exceso.

Aceptó la información que le proporcionó Estrada, y colgó el teléfono pidiéndole que le mantuviera informado.

Salió a la calle para intentar descubrir el nexo que había entre las dos mujeres. La razón por la que la segunda víctima había ido a la morgue a buscar la toxina, por que sin duda era lo que había ido a hacer, llevaría a la identificación de ambas.

Regresó de nuevo al instituto anatómico forense para tomar declaración al doctor García.

Al llegar al IAF, Campillo le informó que podía encontrar al doctor García en su despacho, escribiendo el informe de la segunda víctima.

-Buenos días, Cristóbal. – Saludó al entrar.

-¿Buenos días? ¡serán buenas tardes! – Respondió con socarronería mientras el otro gruñía.

-¿Qué has podido averiguar?

-La víctima desconocida etiquetada como “726” murió por el impacto de una bala del calibre 9, muy probablemente disparada por una Beretta nano.

-Fácil de esconder, de mantener y de usar... – Interrumpió Estrada.

-Estás ante algo grande, esto no es obra de uno cualquiera... No quisiera estar en tu pellejo. – Bromeó el doctor.

-Es obra de un profesional, no hay duda. Alguien no profesional no sería capaz de entrar aquí, pasar los controles de seguridad de la entrada, matar a alguien justo en el momento que está aquí buscando ese “botu” lo que sea y volver a salir sin que nadie le vea ni oiga nada. ¿Y la bala de la primera víctima?

-No hay bala. El proyectil entró y salió. Debe estar en la escena del crimen, pero por el agujero no se trata de la misma arma, tuvo que ser un calibre más grande.

-¿Qué altura supones que debe tener el que efectuó el disparo?

-Sin duda es una persona alta, 1,75 o 1,80 aproximadamente.

-Dame las fotos de los cadáveres. ¿Dónde tienes sus objetos personales?

-Ven, vamos al laboratorio.

Los dos hombres salieron del despacho del doctor García y se encaminaron al laboratorio, que estaba en la misma planta, casi al final de un largo pasillo iluminado por unos focos fluorescentes que colgaban del techo.

-Buenas tardes, Estrada.

-Buenas tardes Campillo. ¿Qué tal tu mujer? – Preguntó al cruzarse con él en el pasillo.

-Bien, señor, estudiando mucho para sacarse la carrera.

-Así me gusta, hay que estudiar para ser algo en la vida... – Dijo mientras se alejaba.

-Si, teniente, eso mismo le digo yo...

Continuaron caminando hasta que llegaron a la puerta del laboratorio. García llamó a la puerta y entraron.

-Hola doctor. Buenas tardes Estrada. – Saludó Alicia sonriente.

-Tráeme los objetos personales de las dos víctimas, la “D725” y la “D726”

-Ahora mismo, doctor. – Dijo la muchacha poniéndose de pie de un salto desde el taburete de su mesa de trabajo.

Al cabo de un minuto regresó con dos cajas idénticas de cartón.

-Uff... aquí están... pesan un poco.

-Deja que te ayude, muchacha. – Estrada cogió las cajas y las colocó sobre la larga mesa del laboratorio.

-Gracias, Estrada, no se que haría sin su ayuda. – Admitió dedicándole una bonita sonrisa y un guiño espontáneo.

El doctor García empezó a vaciar la caja de la primera víctima, que contenía todos sus objetos personales y la ropa que llevaba cuando la encontraron. Cada objeto estaba debidamente etiquetado y metido en bolsas de plástico transparente individuales que fue dejando sobre la mesa.

-Pantalones, una blusa blanca, bragas y sostén de seda roja, una chaqueta larga, un reloj de pulsera, un monedero con trescientos euros, varias tarjetas de crédito y dos carnets de identidad con dos identidades distintas, como las tarjetas. Dos anillos sin ninguna inscripción, un collar fino con una cruz, varios salva slips, maquillaje, un juego de llaves en un llavero, una llave de una taquilla.

-¿Nada más? – Preguntó Estrada.

-El teléfono móvil lo están analizando. – Dijo Alicia.

-Está bien. – Respondió el doctor García.

-¿Y de la otra víctima? – Preguntó Estrada mordiendo el puro.

-Déjeme guardar primero lo de ésta, teniente. – Pidió Alicia con su habitual sonrisa.

Una a una fue metiendo todas las pertenencias de la desconocida 725 en su caja.

-¿Le importa que lo haga yo, doctor? – Preguntó la muchacha.

-No, hija, adelante. – Respondió el doctor en un tono casi paternal.

-Gracias, doctor, vamos a ver... Pantalones negros, blusa rosa pálido, chaleco y americana en conjunto con los pantalones, bragas y sostén del mismo juego de color rosa, zapatos negros de marca, pendientes con una pequeña perlita, una gargantilla a juego, dos anillos sin inscripciones, maquillaje, unas gafas de sol, un monedero con trescientos cincuenta euros y unas pocas monedas, dos tarjetas de crédito y tres identificaciones con distintos nombres.

Hemos comprobado la documentación. O se trata de una falsificación perfecta, o realmente han sido expedidas por el ministerio del interior.

Estrada se quedó por un momento observando todos los objetos sobre la mesa sin decir nada.

-¿Y ésta mujer no llevaba nada....? Ahí... ya sabe... – Dijo un poco ruborizado.

-No, teniente, la hemos examinado y no llevaba nada escondido en la vagina. – Contestó intentando contener la risa.

-¿Nada más?

-Por el momento no, teniente, estamos esperando los resultados de varias analíticas de las dos víctimas, pero si el doctor García no tiene nada más que añadir...

-Hazme fotos de las tarjetas de crédito y de las identificaciones.

-Ahora mismo.

-Iré a ver que puedo averiguar. – Dijo pensativo.

Salió del instituto anatómico forense y se dirigió a la sucursal central del Banco Continental, responsable de la emisión de las tarjetas de crédito de ambas víctimas. Al llegar decidió no perder el tiempo y preguntar directamente por el consejero delegado. La experiencia le había demostrado que la mejor forma de obtener respuestas era ir directamente a la fuente que podía proporcionarlas, entretenerse con los intermediarios solía ser una pérdida de tiempo y su tiempo era oro.

-Tendrá que pedir cita, teniente, el señor Subirachs es un hombre muy ocupado. – Respondió la secretaria con cierto desinterés.

-Escuche, señorita... Valencia. – Dijo al ver el cartel con su nombre que había en el mostrador. – Estoy aquí por un asunto oficial, ¡haga el favor de avisar al señor Subirachs ahora! – Exclamó rudamente mordiendo su puro apagado.

Sin mediar palabra, la secretaria tomó el auricular del teléfono que tenía sobre la mesa y marcó el número del despacho del consejero delegado.

-Señor Subirachs, perdone que le moleste, el teniente... – Dijo levantando la vista.

-¡Estrada! – Contestó de mala gana.

-¿Le esperaba?

-No, no tiene cita, digamos... digamos que nos conocemos de otras ocasiones.

-Está bien... le diré que pase...

Colgó el auricular.

-Puede usted...

-Conozco el camino, señorita Valencia, ¡Gracias! – “por nada”, murmuró mientras se alejaba.

Se encaminó al despacho del señor Subirachs y llamó a la puerta.

-¡Pase! – Ordenaron desde dentro.

-Buenas tardes, Subirachs...

-Teniente Estrada. Entre, por favor, siéntese. – Le dijo mostrando uno de los elegantes silloncitos “Chesterfield” de piel marrón que había frente su escritorio. – Veo que sus maneras con las mujeres continúan acompañándole. – Ironizó.

-Ya me conoce, Subirachs. – Encajaron sus manos y se sentó con una mano sobre cada reposabrazos.

-Usted dirá, teniente. – Dijo pausadamente.

Estrada buscó en el bolsillo interior de su americana y sacó las fotografías de las tarjetas de crédito. Las deslizó sobre la mesa para que Subirachs las cogiera.

-¿Éstas tarjetas las han emitido ustedes?

Subirachs las recogió y las observó detenidamente.

-Bien... debería comprobar las originales, pero a simple vista, eso parece...

-Quiero saber quien las ha solicitado y el titular de la cuenta.

Subirachs hizo una consulta en el ordenador portátil que había sobre la mesa.

-No puedo decírselo, Estrada.

-Vamos, Subirachs, ¿tendré que venir con una orden?

-No puedo, Estrada, ni aún viniendo con una orden. Se trata de una cuenta de algún ministerio, ni yo tengo acceso a ella. Solamente el director general con una contraseña doble que debe tener alguien más.

-¿Quién más? – Preguntó sentándose en el borde del silloncito.

-Alguien del ministerio. Son cuentas secretas, nadie tiene acceso a ellas. Ni siquiera para conocer el saldo, los titulares o autorizados... No tenemos ningún tipo de acceso... – Admitió pesaroso.

-Está bien, está bien... – Dijo dándose por vencido.

- Siento no poder ayudarle esta vez, Estrada.

-No se preocupe. – Se levantó y le ofreció la mano. Subirachs la estrechó con fuerza –

Muchas gracias Subirachs, siempre es un placer verle.

Estrada comprendió perfectamente la situación y decidió que era mejor marcharse ya que no iba a obtener ninguna información por más que insistiera.

Salió de la estancia, y al pasar por delante de la mesa de la señorita Valencia, le espetó:

-¿Ve como no era tan difícil?

Sin decir nada, la muchacha le siguió con la mirada y cara de desaprobación hasta que desapareció de su ángulo de visión.

Al salir del banco, fue a comer a un bar cercano al instituto anatómico forense. Estaba a medio camino entre éste y la comisaría.

Solía ir a menudo, cuando quería comer algo rápido a un precio asequible para el sueldo de un teniente de la policía.

El local era largo y estrecho, con una larga barra a la derecha, según se entra. Las paredes, de ladrillo visto, alcanzaban una altura de unos cuatro metros aproximadamente hasta el techo que era de media vuelta, con las características vigas de hierro a la vista, algo habitual en este tipo de construcciones del ensanche cercanas al siglo de vida.

La decoración, que recordaba en cierto modo, a una antigua estación de trenes de los años treinta, le daba un cierto tono romántico y acogedor. En la entrada, a la izquierda, había una tras otra, cuatro mesas con cuatro sillas cada una, y tras unos escalones, una zona elevada con dos mesas redondas y un banco de madera en un lado y dos sillas en el otro lado. Dadas las dimensiones del local, todo parecía bastante estrecho, pero la decoración lo convertía en un lugar agradable y acogedor a pesar de ello.

La camarera, una joven pequeña y menuda, trabajaba a destajo para servir las mesas mientras que al fondo, en la cocina, su esposo, un joven con cara de bonachón cocinaba y preparaba todo aquello que se servía en el lugar.

-¡Teniente! Que placer verle. – Se alegró la mujer.

-Hola bonita. – Saludó con su característica voz grave. – ¿Te sigue tratando bien tu marido?

-¡Claro, teniente! – Rió divertida.

-¿Dónde está ese “San Bernardo” que tienes por marido?

-¿Dónde va a estar, teniente? ¡En la cocina, como siempre! El pobre se pasa el día cocinando, ya sabe...

-Está bien, tráeme la carta, ¿quieres?

La muchacha, que no contaba con más de veinticinco años, salió de detrás de la barra con la carta en la mano y se la entregó. Aprovechó para pasar una bayeta húmeda por la mesa, y retirar un par de tazas y dos platos del desayuno de los que habían ocupado la mesa antes que él.

-Déjalo... – Dijo devolviéndole la carta. – Hazme un bocadillo de bacón con queso y tráeme una Coca-Cola. Sin hielo.

-¿No tiene usted hambre hoy, teniente? – Se extrañó.

-He desayunado tarde. La noche fue muy larga...

-Ahora mismo se lo traigo. – Dijo retirándose a la cocina para pasar el encargo.

Estrada cogió uno de los periódicos que había en la barra y comenzó a leerlo.

Mientras esperaba a que le trajeran la comanda, entró Alicia del laboratorio del Instituto Anatómico Forense. Al ver al teniente detrás de aquel periódico, su expresión se iluminó. Se arregló un poco el pelo y se acercó tímidamente a él.

-¡Vaya teniente, no esperaba verle aquí! – Exclamó con timidez.
Estrada bajó un poco el periódico para observarla. Advirtió su sonrojo.
-Alicia, ¿Qué hace usted por aquí? – Preguntó sorprendido.
-Es la hora de comer, teniente... ¡como igual que todos...! – Exclamó intentando parecer graciosa.
-¡Quien lo diría! – Profirió echándole una mirada de arriba a bajo. Vestía un pantalón ajustado que dibujaba perfectamente todas las curvas de su cuerpo, unas deportivas blancas y una camiseta con tirantes debajo de una chaqueta deportiva abrochada hasta la mitad, dejando a la vista unos pechos redondos y sensuales.
-Creo que esa bata de laboratorio que llevas no te hace justicia. – Dijo picarón.
-Ja, ja, ja, ja . – Rió sonrojándose aún más. – Es que cuando salgo suelo ir al gimnasio.
Vengo aquí a comprarme un bocadillo y al salir me lo como de regreso a casa.
-Está bien, está bien...
-Aquí tiene su bocadillo, teniente. – La camarera dejó el plato en medio de la mesa.
-Gracias, bonita.
-¿Usted desea algo? ¿Acompañará al teniente para comer?
-Yo... no sé... creo... – Titubeó.
-¿Por qué no? ¿Quieres acompañarme, Alicia? – Preguntó esbozando una de sus mejores sonrisas mientras señalaba el asiento libre que había frente a él.
-No sé, teniente, no quisiera molestarle... – Dijo avergonzada.
-Aprovecha, chica, el teniente no le dice a cualquiera que se siente en su mesa. – Aseguró la camarera que aún estaba allí de pie esperando.
-Está bien, está bien, teniente... le acompañaré. – Dijo sentándose al fin.
-¿Qué quiere tomar? – Preguntó la camarera con el block de notas y un lápiz en la mano
- Tomaré... un bocadillo vegetal y una infusión... ¿Tienen té verde?
-Si, si tenemos.
-Eso es todo, muchas gracias.
Estrada esperó a que trajeran el sándwich para empezar a comer los dos juntos.
-¿Eso es comida? – Se sorprendió al ver aquel diminuto bocadillo.
-¿Y eso es comida? – Dijo burlona señalando el bocadillo de bacón y queso.
-¡Joder con la niña! – Gruñó para sí. Cogió el bocadillo y le dio un mordisco sin mediar palabra.

La conversación durante la comida fue muy fluida, sobretodo por parte de Alicia que de forma nerviosa casi no paró de hablar mientras Estrada comía su bocadillo. De pronto, se dio cuenta que ese estado de ansiedad y nerviosismo solamente aparecía cuando estaba cerca de Estrada, y recordó que era algo que no sentía por ningún hombre desde hacía mucho tiempo. Empezaron a pasar por su cabeza una tras otra, virtudes de aquel hombre en las que no había reparado antes. No podía disimular la atracción que sentía por aquel hombre al que admiraba por su aire de “tipo duro” y su trabajo, que era también grandemente reconocido por todos sus compañeros, pues a lo largo de su carrera como policía, casi se había convertido en una leyenda viva, y lo era para veteranos y recién salidos de la academia, donde corrían las historias de sus proezas y heroicidades. Sin dejar de comer, pues iba dándole pequeños bocados a aquella miniatura de bocadillo que le habían servido mientras hablaba, le contó que era soltera, que no tenía novio y que vivía sola en un apartamento cerca de la Gran vía de Barcelona.

Aunque Estrada no acostumbraba a hablar en demasía de su vida privada, la curiosidad de Alicia consiguió que poco a poco le fuera contando algunas cosas que ni siquiera antiguos compañeros con los que había compartido interminables horas de vigilancia o larguísimos casos, conocían.

Consiguió averiguar que tenía una hija de veinte años que estudiaba medicina en Oxford, la triste pérdida de su esposa a la que se le escapó la vida a causa de un cáncer en plena juventud y que vivía solo en una casa de las afueras con un Golden Retriever llamado Murdock, igual que aquel personaje de la mítica serie de televisión. Incluso averiguó que su hija le puso aquel nombre, por que cuando era un cachorro ladraba a todo el mundo como un auténtico loco, costumbre que perdió al hacerse adulto, como predijo el veterinario que ocurriría.

Cuando terminaron, Estrada pidió la cuenta y después de pagar salieron a la calle.

-¿Irás ahora al gimnasio?

-No... ya no... ya se me quitaron las ganas, a demás... después de comer... – Hizo una mueca.

- En ese caso... Quizás te interese el trabajo de campo.

-¿Trabajo de campo?¿Qué quieres decir? – Preguntó extrañada.

-Si quieres acompañarme. – Dijo en tono áspero.

-¡Claro! Nunca he trabajado fuera del laboratorio. –Admitió ilusionada.

-Está bien, vamos.

Empezó a andar calle abajo.

-¿Y a donde vamos? – Preguntó siguiéndole a su lado.

-A comprobar unas identificaciones personales, al ministerio del interior.

-Vamos... – Dijo alentada por la emoción.

Subieron al coche de Estrada, que estaba aparcado enfrente del bar y se dirigieron al ministerio.

II

La mayoría de estructuras del joven gobierno de Cataluña se construyeron en la avenida Diagonal. Durante casi cuatro años, la conocida avenida de la capital catalana fue escenario de las obras de construcción de los altos edificios que albergarían los distintos ministerios y departamentos de estado necesarios para que el nuevo país funcionara de forma autónoma.

Estrada entró con el coche directamente en el parking subterráneo que había en el mismo edificio y aparcó cerca de una de las puertas de salida de peatones. Era algo que acostumbraba a hacer, por que aseguraba que de ese modo, no le costaba recordar donde lo había dejado. Un ascensor les subió hasta la planta baja, y al salir fueron directamente al punto de información evitando los controles de seguridad y la larga cola que había frente al arco del detector de metales gracias a la identificación policial de Estrada.

-Buenas tardes, teniente Estrada. – Dijo mostrando de nuevo su placa a la joven muchacha que estaba sentada tras el mostrador.

-Buenas tardes, teniente, ¿en qué puedo ayudarle?

-¿La secretaría de seguridad? – Preguntó recostándose sobre el mostrador.

-¿Qué busca exactamente, teniente? – Preguntó con una amplia sonrisa.

-La dirección general de policía y la dirección de inteligencia.

-Tiene suerte teniente, ambas están en la misma planta. En la planta veintidós.

-Gracias. – Contestó mordiendo su inseparable puro.

Se dirigieron de nuevo a los ascensores y tras esperar apenas un minuto a que uno quedara libre, subieron hasta la planta veintidós.

Al abrirse las puertas, apareció ante ellos una auténtica ciudad de oficinas, pasillos y personal que iba de un lado para otro en un ritmo frenético.

A la derecha del ascensor, había otro mostrador parecido al de la planta baja con dos chicas que atendían las preguntas de los visitantes y las llamadas telefónicas que respondían a través de los auriculares que llevaban puestos.

-Preguntemos aquí. – La muchacha asintió sin decir nada. – Buenas tardes, soy el teniente Estrada, de homicidios, quisiera hablar con quien esté al mando en el departamento de la comandancia de policía, concretamente en emisión de DNI y pasaportes.

-Deberá pedir una cita, teniente. – Dijo con indiferencia sin mirarle.

-No tengo tiempo para pedir citas, señorita, se trata de una investigación oficial. –

Estrada empezó a perder la paciencia.

-Aquí todo el mundo entra con cita, por muy teniente que sea. – Le desafió mirándole directamente.

-Escúchame, preciosa, puede que se trate de un asunto de seguridad nacional. ¿Acaso quiere acabar su carrera limpiando retretes? ¿Quiere que la acuse de obstrucción policial? – Dijo clavando su mirada en sus ojos.

-No, teniente, no... si es ese el caso... yo no sabía que se tratara de algo tan urgente. – Dijo intentando disculparse.

-Está bien. –Aceptó más calmado. – Llame al que esté al mando en emisión de DNI.

-Claro, teniente, ahora mismo. – Respondió nerviosa. Habló por el micrófono de su auricular y al cabo de un par de minutos, apareció un hombre vestido con unos pantalones de pinza y un chaleco de punto sobre una camisa azul pálido.

-¿Teniente Estrada? –Preguntó tendiéndole una mano.

-Yo mismo. – Respondió apretando su mano con fuerza. – La perito forense Alicia Canales. – Añadió.

-Teniente, señorita, tengan la amabilidad de seguirme. – Pidió amablemente.

Les condujo a través de una red de pasillos hasta que llegaron a un despacho en el que había un gran ventanal desde el que podía verse gran parte de la ciudad. Delante, una gran mesa y un sillón con un hombre sentado, y frente a ella dos silloncitos color negro.

-Entre, teniente. Soy el Capitán Sagunto. –Dijo tendiéndole la mano.

-Capitán, la perito forense Alicia Canales.

-¿En qué puedo ayudarle, teniente? ¿Qué es tan urgente? –Preguntó molesto.

-¿Estos DNI los han expedido ustedes? – Preguntó mostrándole los documentos originales que había traído bolsas de pruebas.

-Déjeme ver. – Pidió con el ceño fruncido.

Los examinó y luego añadió:

-A simple vista, parecen originales, pero con las técnicas que hoy día tienen los falsificadores, cualquiera sabe. ¿Puedo sacarlos de la bolsa?

-Si señor, ya los hemos procesado. – Apuntó Alicia apartando un rizo de su cara.

-Bien, bien... – Dijo desprecintando la bolsa de pruebas. – Veamos que tenemos aquí.

El Capitán Sagunto con la ayuda de una lupa, examinó detenidamente aquellos documentos. Al cabo de un momento, pulsó un botón del teléfono de su escritorio, y pidió la presencia de un tal Gonzalo.

Un par de minutos más tarde, se abrió la puerta y apareció un joven con una bata blanca y la cabeza completamente afeitada.

-Capitán, ¿me llamaba? – Preguntó sin atreverse a entrar.

-Si, pasa, pasa... Toma estos DNI y comprueba que sean legales. Mira también en los registros quien los ha expedido y la identidad real.

-De acuerdo, capitán, tardaré una media hora.

-Está bien Gonzalo, date prisa.

El muchacho cogió los documentos, salió con celeridad y cerró la puerta.

-Tengo la seguridad de que son legales y expedidos por el ministerio del interior. –Dijo cuando el muchacho había salido.

-¿Qué quiere decir, capitán?

-Teniente, ¿su compañera es de confianza? ¿Quiero decir, de absoluta confianza?

-¡Naturalmente que lo es! – Exclamó con su habitual mueca.

-No, creo que no me ha entendido. Si se confirma lo que estoy pensando, puede que se trate de un tema de seguridad nacional y de alto secreto. Usted es policía, pero ella no lo es.

-Doy fe de ella, Capitán, yo respondo. A demás es perito funcionario, trabaja en el instituto anatómico forense. – Le interrumpió Estrada.

- No te preocupes, Estrada. Capitán, cuando entramos a trabajar en el instituto anatómico forense, nos hacen firmar un convenio de confidencialidad. Puede estar tranquilo, mi grado de seguridad es nivel 3. – Dijo la muchacha de forma resuelta.

-Está bien, señorita, siendo así...

Pasados unos minutos volvió a entrar Gonzalo en el despacho.

-¿Ya tienes los resultados, muchacho? –Preguntó Estrada impaciente. Sacó el puro de la boca y lo observó de arriba abajo esperando su respuesta.

-Si, pero no sé... si... – Dijo mirando a Alicia.

-Puedes hablar, Gonzalo, es de nivel 3.

-Está bien capitán, los documentos son todos originales, y expedidos por el ministerio.

Las identidades reales son estas dos. – Dijo dejando dos documentos encima de la mesa del capitán Sagunto.

-María Teresa Gutiérrez García y Yolanda Hernández. – Dijo Estrada mientras Alicia tomaba notas en un pequeño cuaderno.

-Si. Las dos pertenecen al servicio secreto. – Afirmó muy serio Gonzalo.

-Me lo temía... – El capitán Sagunto asintió repetidamente.

-¡Mierda!, esto empieza a complicarse. –Admitió Estrada pasándose la mano por la frente.

- Por cierto, teniente, ¿Dónde dijo que había encontrado estos documentos?

-No se lo dije, Gonzalo. – Se levantó del silloncito – Muchas gracias por su ayuda, capitán, le mantendré informado. – Añadió mientras indicaba a Alicia que se levantara.

Salió con paso firme de aquel despacho seguido de cerca por Alicia y buscó el departamento de inteligencia. Preguntó a uno de los transeúntes de aquella planta, y finalmente gracias a las indicaciones de un joven que vestía un elegante traje azul marino ,consiguieron llegar al mostrador correcto.

-Ésta vez déjame a mi, Estrada... tu sueles ser un poco brusco. –Ironizó Alicia cogiéndole del brazo.

Estrada se quedó perplejo. No había mucha gente que le hablara de aquella manera o incluso que se atreviera a decirle lo que tenía que hacer o como lo tenía que hacer.

-Buenos días, señorita. – Empezó Alicia con una de sus mejores sonrisas. – Mi nombre es Alicia Canales, soy perito forense, y él es el teniente Estrada de la comisaria central de Barcelona.

-Buenos días. ¿En que puedo ayudarles? – Preguntó sin inmutarse.

-Necesitamos hablar con el director del centro de inteligencia.

-Para ello tendrán que pedir cita y rellenar este formulario. – Dejó un papel sobre el mostrador.

-Verá señorita, es que se trata de un tema de urgencia... – Continuó amablemente.

Apartó el formulario justo cuando Estrada empezaba a mordisquear su puro con nerviosismo.

-Lo siento, señorita Canales, pero aquí todo el mundo tiene urgencias...

Estrada, estaba a punto de intervenir pero Alicia le detuvo volviendo a coger su mano.

-Es muy probable señorita, pero, ¿Todos ellos tienen dos cadáveres de dos agentes suyos en la morgue? – Preguntó con una sonrisa tan amplia como forzada.

A la muchacha le cambió la cara, descolgó el auricular de su teléfono y marcó un número.

-Un momento, por favor, ahora mismo vienen a atenderles.

Sin mediar palabra volvió atender lo que estaba haciendo antes de que ellos llegaran.

-¿Lo ves Estrada? Diplomacia. – Dijo sonriendo. Estrada gruñó ligeramente.

A los pocos minutos, apareció un tipo bajito, vestido con un traje barato, y unos mocasines muy gastados.

-¿Teniente Estrada? – Preguntó con un hilo de voz.

-Si, soy yo – Estrada se sorprendió al ver a aquel tipo, tan en discordancia con el resto del personal que habían visto hasta aquel momento.

-Acompáñeme, por favor. – Pidió el hombre.

Empezó a andar tras él, con Alicia a su lado.

-La señorita no puede acompañarnos. – Dijo deteniéndose de pronto. – Vamos a entrar en un nivel de seguridad 2.

-La señorita Alicia Canales es funcionaria del anatómico forense. Ha hecho las autopsias de los dos cadáveres junto con el doctor Cristóbal García y está llevando la investigación conmigo. Lo que yo sepa, lo sabrá ella tarde o temprano.

-Ya me advirtieron de sus... de su temperamento, teniente. – Dijo mirando al techo.

-Perfecto, así no habrá sorpresas... – Replicó desafiante.

-En ese caso, entremos. – Abrió la puerta. – Recuerde, señorita: lo que pueda ver y oír a partir de ahora es alto secreto. – Alicia asintió mientras recolocaba uno de sus rizos detrás de la oreja.

Detrás de aquella puerta había una pequeña estancia con un ascensor al que solamente se podía acceder a través de una contraseña electrónica y una tarjeta magnética. El tipo pasó la suya e introdujo un código de cinco cifras sin que Estrada y Alicia pudieran verlo.

Los tres entraron en el ascensor y aquel hombre pulso el botón del sótano diez.

El ascensor no tardó demasiado en realizar el recorrido. Al ponerse en marcha, sintieron un leve vahído, sin duda a causa de la velocidad a la que iba a realizar el descenso.

En menos de dos minutos se detuvo suavemente y se abrieron las puertas.

A partir de aquel punto, la decoración del lugar cambió por completo. Lo único que rompía la monotonía del gris-cemento eran unas rayas de colores pintadas en el suelo para que las siguieran aquellos que no estaban familiarizados con el lugar.

Caminaron a través de un larguísimo pasillo con multitud de puertas a cada lado hasta que llegaron a una etiquetada con el número veintitrés.

-Es aquí. – Dijo con su peculiar hilo de voz.

Abrió aquella puerta naranja marcada con el número veintitrés y entraron en una sala en la que solamente había una mesa, cuatro sillas en el centro y una puerta al fondo.

A la derecha un espejo ocultaba sin duda una ventaba para poder observarles desde el otro lado.

-Siéntense, por favor, enseguida vendrán a atenderles. – Salió por la puerta que había en el fondo y la cerró a su paso.

Al cabo de unos cinco o seis minutos, durante los que estuvieron solos en aquella habitación hablando de aquel espejo y lo raro de la situación, volvió a abrirse la puerta del fondo y apareció un hombre alto y fornido, vestido con un traje sin duda hecho a medida y unos mocasines negros y relucientes.

-Buenas tardes, teniente Estrada. – Dijo de forma cortés y educada.

-Buenas tardes... – Contestó Estrada con intención de levantarse para darle la mano.

-Por favor, no se levante teniente. – Apretó su mano.

Estrada hizo lo propio y apretó la mano de aquel hombre de forma firme y decidida. El otro hombre también estrechó su mano con fuerza.

-Le hemos estado observando, teniente, y a usted también señorita. – Dijo solemne.

-Lo supongo. – Aceptó de mala gana. – No creo que ese espejo sea para verse el rostro, por lo menos usted no... – Dijo para provocarle. El otro solo dibujó una leve sonrisa.

-Sus métodos son por todos conocidos, teniente. – Empezó con extrema tranquilidad. – Su fama suele precederle allí donde va.

-Es lo que tenemos los guapos de cara. –Fanfarroneó.

-No obstante, es usted el que ha conseguido resolver más casos. – Prosiguió sin hacer caso de su último comentario. – Y eso le convierte prácticamente en un ser único, un policía único. Como ve, hace tiempo que seguimos de cerca su trabajo.

-Escuche, señor...

-García. – Dijo sonriendo.

-Está bien, García, “X” ... que más da... No he venido aquí a que me piropen, a demás, no es usted mi tipo...

-Tenemos dos cadáveres en la nevera, que creemos que son agentes suyos. – Apuntó Alicia educadamente

-Lo sabemos, señorita. Estamos al corriente.

-Y supongo que sabrá quien los ha matado...

-No, teniente, no lo sabemos. Ahí es donde usted interviene.

-¿Va usted a decirme que el CESICAT no lo sabe todo?

-Intentamos estar al corriente de todo, teniente Estrada, pero hay cosas que se nos escapan.

-¿Y qué es lo que desean de mi, señor... “García”? – Dijo irónico.

-Mi verdadero apellido es García, teniente. Lo que deseamos es que resuelva el asesinato.

-No más que yo, créame.

-¿Está dispuesto a mantenernos informados de sus progresos?

-Naturalmente, siempre y cuando sean sinceros conmigo. – Condicionó.

-Nosotros nunca mentimos, teniente. – Aseguró muy serio García.

-Claro, claro...

-En ese caso, pase, por favor. Usted espere aquí, señorita.

-El trato nos incluye a ambos, García, o no hay trato.

-¿Es su última palabra, teniente?

-Somos un equipo, García. A demás, no me interesa dejar aquí sola a esta monada... no vaya a pasarle algo. – Rió burlón. Alicia levantó la mirada al cielo al tiempo que sonreía.

-Veo que no me he equivocado con usted, teniente. Está bien, pasen los dos... Es usted imposible, Estrada...

Los dos se levantaron y salieron por la puerta del fondo de la sala con García.